

PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL INSTITUTO NACIONAL BROWNIANO,
COMODORO DE MARINA DOCTOR MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

Estas palabras van dirigidas a todos los presentes pero tienen como especiales destinatarios a los alumnos que van a prestar su promesa de fidelidad a la Bandera, ya que lo harán como parte del homenaje que el Museo de Bellas Artes de La Boca “Benito Quinquela Martín” y el Instituto Nacional Browniano rinden a quien ha sido bien definido como Padre de la Patria en el Mar.

A la edad que tienen ustedes, Guillermo Brown partía de las verdes tierras de Irlanda en busca de nuevos horizontes, y se sometía a los peligros del mar llevado por una intensa vocación que perduró a lo largo de toda su vida. No vaciló en dejar sus afectos más cercanos, sus amigos y compañeros, para ser fiel a principios que había recibido y que transmitiría a sus propios hijos cuando formara su hogar con Elizabeth Chitty.

Después de mucho trajinar, de sufrir incomodidades y prisión llegó al Río de la Plata en los días en que los patriotas de 1810 procuraban difundir los principios revolucionarios por todo el Virreinato.

Aquel hombre de tez sonrosada y cabellos cobrizos, muy probablemente se cruzó por las calles de Buenos Aires con Saavedra, Belgrano, Moreno y otros próceres, y casi con seguridad participó en las reuniones que se realizaban en los cafés y otros lugares para discutir las nuevas ideas y pensar de qué modo convertirían un gran desierto como era el país, en una nación grande y respetable.

Este barrio era para él su propio barrio. Aquí reclutó la tripulación de su buque mercante y luego reunió a los hombres que lo acompañaron en sus campañas. Cuando en 1814 se lo eligió entre tres experimentados marinos para crear la escuadra naval que debía combatir a los realistas y liberar junto con el ejército a la ciudad de Montevideo, Brown recurrió a la gente de la Boca del Riachuelo, hombres mayores y jóvenes que se expresaban en distintos idiomas pero que aprendieron a respetarse bajo el pabellón de la patria.

No voy a detallar fechas ni combates; solo voy a decir que el glorioso marino asumió con alma y vida el juramento de sostener la naciente bandera de la Patria. Luego de concluir su lucha contra los realistas y de vencerlos en Martín García y Montevideo, salió de campaña corsaria con su hermano Miguel, Hipólito Bouchard y otros marinos, y tras vencer los peligros del Cabo de Hornos, hizo flamear la bandera celeste y blanca por los puertos del Pacífico. Cuando debió entregarse prisionero en Guayaquil, casi desnudo por la fuerza de las explosiones, marchó por las calles envuelto en el amado pabellón por el que había combatido. Años más tarde, volvió a levantar su insignia en la guerra contra el Imperio del Brasil, y pronunció aquellas arengas que reflejan su valentía: “Fuego a discreción, que el pueblo nos contempla”; “Es preferible irse a pique que rendir el pabellón”.

Brown no fue solo marino; fue un ciudadano y un padre ejemplar, y esa imagen es la que debemos tener presente en el momento de prometer fidelidad a la Bandera.

Del mismo modo como en los tiempos de San Martín, Belgrano, Güemes, Brown y tantos otros, hubo que derramar sangre en defensa de la

Argentina, hoy debemos ofrecer nuestro cotidiano esfuerzo para engrandecer el país y alcanzar de una vez por todas su merecida grandeza.

Dentro de unos años, queridos chicos, ustedes tendrán a su cargo asumir esa tarea. De ahí que sea tan importante la promesa que van a realizar. Que cuando contesten la pregunta que en unos minutos van a hacerle, los envuelva un soplo de patria que los emocione y comprometa para siempre.